

PREMIO DE RELATO. CATEGORÍA ESCOLAR

HISTORIA DE UNA VIDA

Teresa García de Alcaraz

Esta historia comienza con un pequeño latido, quizás una respiración espasmódica, un intento de salto al vacío.

Le siguen millones de repeticiones de acciones, letales o no, millones de intentos y fracasos, millones de quejas y suplicas, de mejoras y de engaños, hasta hacer algo sistemático, hasta lograr la victoria.

Si señores, es la historia de una vida; una vida banal, cualquiera, una vida de constancia y aspiración de llegar a la felicidad. ¿Lo que todos desean, no? No obstante, de lo que nadie habla es de cuán difícil es llegar a superarse a uno mismo, y de ese momento en el que la mente quiere, pero el cuerpo no puede avanzar.

Me centraré en el inicio para que comprendan el final.

Desde el momento en que nací no las tenía todas conmigo: nacer en una familia de constitución endomorfa y tendencia obesa no es exactamente lo que todos desean.

Una vida sedentaria era el plan al que debería haberme acostumbrado; quizás buscar una afición alcanzable y conformarme con mi destino, tal vez aprender a quererme un poco más.

Difícil tarea, y el problema realmente no era yo, era la sociedad que me rodeaba, y, aunque suena muy fácil pero poco veraz englobar a todo grupo de personas tras la palabra “sociedad”, es así. ¿Por qué he crecido entre tantos mensajes contradictorios? ¿Qué se supone que debía hacer cuando me decían acéptate cómo eres y acto seguido presentaban al modelo que anunciaba el perfume como un ejemplo a seguir, como el único cuerpo válido? ¿Cómo conformarme con ser el típico “gordito simpático” que me pedían que fuera? ¿Cómo entender a tan temprana edad que no debería tener aspiraciones, que estaría relegado siempre a ser ese “amigo de las chicas” que no consigue ligar?

Parece algo espinoso abordar mi historia con el deporte soltando, de entrada todos esos tópicos que seguro que estáis ya cansados de oír, que considerareis desfasados o desechareis de vuestras mentes, pero es así, es la pura realidad.

Mi cuerpo, mis complejos de inferioridad, mis miedos... también merecen ser relatados, pues esta es mi historia y, aunque no formen la parte fundamental de mi vida, siempre han sido parte de ella, desgraciadamente o quizás no...

Empecé el deporte de una manera algo extraña o peculiar: cuando pasé a la ESO y con tan solo 12 años recién cumplidos nuestra nueva profesora de educación física nos comunicó que tendríamos una prueba que consistiría en completar 15 minutos corriendo alrededor del patio ¡15 larguísimos minutos aguantando esa tortura!

La nota no era realmente lo que más me preocupaba, por entonces una chica en mi clase me sonreía cada vez que me pillaba mirándola, y eso alimentaba más que de sobra mis esperanzas.

A la salida de clase una de sus amigas me preguntó que como pensaba correr esos 15 minutos con tono de condescendencia, mientras un grupito se apiñaba soltando risitas por igual, entre ellas la chica anteriormente llamada.

Me libré de ellos prometiéndoles, prometiéndome que lo lograría, pero la cabeza al llegar a mi casa me decía lo contrario y lloré de pura frustración.

Esta situación me llevó a entrenar con el fin de aguantar esos quince minutos que tan lejanos me sonaban.

Poco a poco encontraba huecos para salir a dar vueltas al parque que había bajo mi casa, poco a poco me acostumbré a dejar a un lado al ascensor, a pesar de que vivía en una insalvable quinta planta, poco a poco empecé a adquirir pequeños hábitos y rutinas que trajeron pequeños cambios.

Supongo que la primera semana esperaba un milagro, quizás despertarme y perder 10 kilos en un estornudo o tal vez ser capaz de aguantar sin problema durante los primeros entrenos, pero no fue así, los cambios se sucedieron de una manera tan lenta que apenas pude percatarme de ellos, pero lo que importa es que se sucedieron y el día de la prueba completé ese tan temido tiempo.

Una vez escuché que veinte días es suficiente para acostumbrar al cuerpo a una rutina, en mi caso fueron mucho más que veinte días, y además mi padre, contento de mi idea repentina de empezar a correr, me ayudó mucho, saliendo a veces a entrenar conmigo, a pesar de que, al igual que yo, no tenía una buena forma física y por entonces el deporte

ya no era solo con la meta de superarme y mejorar mi salud, sino que también se convirtió en una buena manera de pasar tiempo con mi padre y alejarme de los pequeños problemas diarios.

Adoraba las molestias tales como las agujetas, que me indicaban que había hecho bien mi trabajo. Por entonces me imaginaba mis músculos endureciéndose poco a poco, y realmente no me alejaba mucho de la realidad, pues día tras día mi condición física mejoraba, dentro de lo normal.

A partir de cuarto de la eso mis amigos empezaron a llamarme “la roca”, cuando conseguí derribar a uno de los chicos de bachiller de un empujón. Supongo que en ese momento me sentí poderoso, pobre de mí, sin comprender que tal incidente me acarrearía graves problemas.

Lo que no te dicen sobre la violencia es que una vez que empiezas no puedes parar. Comienza de la manera más casual y terminas metido tontamente en continuas peleas, broncas que derivan en palizas, pequeños momentos de euforia y conatos de autoestima que te impiden desengancharte.

Fueron dos de los años más oscuros de mi vida, siempre con miedo, siempre a la defensiva.

Alejé a todos mis amigos, muchos se fueron por miedo y a los que quedaron los obligué indirectamente a olvidarse de mi existencia.

Pero por más que quería no lograba hacer lo mismo con mis padres que, preocupados se mantenían al borde del cañón.

No fue por nada serio...

Mi padre hablaba conmigo en un tono enfadado sobre las explicaciones que no daba, las fugas continuas, el bachiller que no se aprobaba...

No sé cómo pasó terminamos gritando ambos, le llamé gordo, anticuado, cegato, pretencioso... Y PUM!!! Me dio un fuerte bofetazo, por la cara que puso de sorprendido seguramente ni él se esperaba su reacción o no había medido su fuerza, pero el daño ya estaba hecho.

Encolericé y me abalancé contra él, a veces pienso que si no hubiera sido por el llanto de mi madre al irrumpir en el salón le habría dejado inconsciente.

Cogió la puerta y sin mirarme se fue a urgencias, no volvió esa noche e insistió a mi madre para que se fuera con él a un hotel. Querían dejarme solo para que reflexionara.

Al principio pensé que me mataría, que me echaría de casa o incluso que me denunciaría pero al volver al día siguiente pasó algo completamente distinto.

Se sentó frente a mí en la mesa y me miró seriamente, ofreciéndome su perdón si aceptaba una sola condición: había hablado con un amigo suyo que se ofrecía a entrenar conmigo con el fin de “canalizar mi ira”.

Seguramente mi padre había recordado que bastante antes de abandonar la pista por el gimnasio, cuando salía a correr por la naturaleza volvía manso y pletórico, preguntando cosas banales como el nombre de tal árbol o filosóficas como la importancia de un simple grano de arena.

Pero esos días ya habían pasado y, el yo que antes era, se tornaba lejano. Aun así acepté agradecido por las inesperadamente escasas condiciones que se me presentaban, y ansioso por conocer a ese amigo de mi padre.

Cuando lo vi se me calló el alma a los pies.

Bajito y barrigudo, de feo aspecto y aún más desmejorado con la edad. Si cierro los ojos aun me parece verlo con su larga y poco cuidada barba blanquecina, sudando una cinta roja que se ponía en su inminente calva.

Parecía la sátira de un deportista.

Empezamos progresivamente: a veces se limitaba a observarme mientras daba vueltas al parque, a una urbanización, otras me seguía, me metía cambios de ritmo.

Me apuntaba sin mi consentimiento a carreras populares y llegaba pletórico a hablarme del recorrido, de cómo la edad no le permitía hacerlo tan bien como él quisiera, de mis posibilidades de victoria, del ambiente...

Más tarde empezamos a prepararme para medias maratonés y, cuando finalmente llegó el día de hacer mi primera completa me habló de lo orgulloso que estaba de que hubiese llegado más lejos de lo que él jamás había llegado.

Yo me encontraba por entonces a mitad de carrera y fue una alegría para mí ver aparecer a casi toda mi familia en la línea de salida, orgullosos de que fuera a alcanzar mi gran meta, nunca mejor dicho.

Por supuesto que no gané esa maratón, es más, normalmente no ganaba ni las populares a no ser que se presentara poca gente.

Esta no es una historia de milagros, ¿recuerdas?, esta es la historia de un hombre normal y corriente, de esos que te encuentras por la calle sin voltearte, de esos que te sonríen si te sujetan la puerta o con los que posiblemente te hayas tomado un café, un hombre que ha encontrado una motivación en su vida, como es el deporte, y que la hace por el mero hecho de disfrutarla, de desestresarse.

El deporte no es sólo para grandes personas con condiciones físicas excepcionales, el deporte es de todos y para todos, el deporte se nos presenta en determinados momentos de nuestra vida como un refugio o una liberación, y eso es exactamente lo que quiero enseñarle a mis dos hijos ahora que son pequeños y me miran con ojos expectantes cuando les hablo de las bonitas carreras que quizás corran algún día, ahora que los entreno y me enorgullezco de sus éxitos y derrotas.

Ahora que llevo una cinta roja para entrenar en lo que pronto será una inminente calva...